

HERMAN BRIX  
ULA HOLT  
FRANK BAKER



**TARZAN**

*y la* **DIOSA**



# Tarzán y la Diosa

Producción cinematográfica, según las novelas de interesante argumento de E. Rice Burroughs

Exclusiva de

ESPAÑA ACTUALIDADES

Mayor, 4, 1.º B

MADRID



Principales intérpretes: HERMAN BRIX - ULA HOLT - FRANK BAKER

---

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

# TARZAN Y LA DIOSA

## SINTESIS DEL ARGUMENTO

Lord Greystocke, a quien el mundo conocía por el sobrenombre de Tarsán, celebraba su regreso a la civilización después de una nueva escapada a la selva. Sus invitados conocían ya la primera parte de aquella aventura realizada últimamente en busca de la legendaria Diosa Verde, antiguo ídolo maya que, según se decía, encerraba un secreto consistente en la fórmula de un explosivo cuya aplicación podía ser fatal para la humanidad si algún desalmado lograba apoderarse de ella. Sabían que unos meses antes habíase



—Soy un mal narrador, pero ahí están quien lo hará por mí.

organizado una expedición a Guatemala, capitaneada por Tarsán y el comandante Martling, con el objeto altruista de arrebatarse la Diosa a los indígenas salvajes que la adoraban, evitando que cayera en manos de unos aventureros internacionales interesados también en el ídolo. Pero la curiosidad de los invitados de Tarsán no se detenía allí. Querían ir más lejos, deseaban saber cómo habían conseguido Tarsán y sus acompañantes traer la reliquia a Europa después de los peligros que les habían sido ya relatados.

—Cuéntanos el final de tus aventuras en Guatemala—suplicó uno de los invitados dirigiéndose a Tarsán.

—Soy un mal narrador—contestó modestamente el interesado— Pero ahí están quien lo hará por mí, con mayor fortuna.

Y señaló a una vieja desdentada y andrajosa que acababa de descender de una carreta de saltimbanquis, la cual empezó diciendo:

—La vieja Mag os contará la historia con ayuda de su cristal mágico. Veo un país extraño, es Guatemala, tierra de volcanes. Veo un poblado pintoresco y un río caudaloso, veo una selva y en el corazón de la misma, unas ruinas, y un templo donde oran los indígenas. Ha sido robado un ídolo que ellos adoraban, la Diosa Verde, y el Sumo Sacerdote jura que vengará el sacrilegio cometido por los hombres blancos...

Y la vieja Mag fue contando la aventura:

Después de haber, por fin, robado el ídolo burlando a los aventureros sin escrúpulos que querían apoderarse de él para tener en sus manos el secreto de la fórmula, Tarsán y los miembros de la expedición Martling, entre los cuales se contaba una joven audaz y simpática, llamada Ula, se disponían a reintegrarse a la civilización. Faltaba la última etapa del viaje, a través de la frondosa selva guatemalteca.



¿Ocurriría todavía algo susceptible de impedir el traslado de la Diosa a Europa?



—Ha sido robada un ídolo que ellos adoraban.

Raglan se llamaba el hombre que había intentado vana-mente entorpecer la labor humanitaria de la expedición Martling, sin conseguir otra cosa que disgustos y sinsabores. Huyendo, burlado y maltrecho, de la selva, fué a parar a un misero poblado, donde le esperaba su cómplice Powers. A las preguntas que éste le hizo, contestó malhumorado:

—Encontré a la Diosa. Estaba ya en mis manos, pero...

Y le contó cómo después del éxito inicial había tenido que abandonar su presa, en manos de Tarsán, el hombre-mono. Sólo el que ha sido perseguido de cerca por una fiera puede imaginarse lo que es ser perseguido por Tarsán. No sabe uno cuándo va a caerle encima, o surgir de entre las

sombras para atacarle. Raglan tuvo bastante trabajo en tratar de salvar su pellejo, dejando a la Diosa en manos de sus perseguidores.

Powers lanzó algunos juramentos que a nada conducían, y después de haber tildado a Raglan de cobarde, le propuso un nuevo plan para apoderarse de la Diosa. La expedición Martling tenía que pasar por el río Dulce. Pues bien, Raglan, acompañado de algunos hombres escogidos entre los más valientes y de menos escrúpulos, seguiría el curso del río y...

Tarsán no se resignaba a dejar tan pronto la selva. Quería decirle un adiós, que, aun no siendo definitivo, tal vez lo fuera por largo tiempo. Se resignaba a volver a la civilización, pero antes deseaba despedirse de los árboles y las lianas, los monos, sus grandes amigos, y las fieras, aquellas cosas y aquellos seres que durante muchos, muchos años habían sido sus compañeros. Quedó con Martling y la joven



—Encontré a la Diosa. Estaba en mis manos, pero...

Ula en encontrarse en Puerto Barrios para embarcar juntos, y se adentró en la selva.

El plan urdido por Powers tuvo un éxito momentáneo. Martling, su criado Jorge y Ula, fueron atacados por los hombres de Raglan, que les salieron al encuentro en la selva, y el precioso sarcófago cambió súbitamente de manos. El ídolo de la Ciudad Muerta volvió a caer en las garras del aventurero.

El grito desesperado de la joven Ula llamando a Tarrán fué oído por éste, que, recordando sus mejores tiempos de bombar-mono, realizóse a través de árboles y lianas hasta donde se hallaban sus amigos, a los que prestó auxilio. Por el momento nada podían hacer para recuperar a la Diosa, pero el ambicioso Raglan no tenía en sus manos más que un ídolo antiguo y completamente inerte para él, ya que para poder descifrar la fórmula del explosivo se necesitaba

poseer la clave escrita en caracteres maya, y esta clave estaba todavía en poder de Martling.

Pero la sagacidad de Raglan corría parejas con su malicia. También él conocía la existencia de la clave y sabía que sin ella nada podía hacerse. Sigilosamente había vuelto al lugar donde dejara maltrechos a sus amigos, ordenando a los indígenas que le aguardaran; y presenciaba ahora de-



La sagacidad de Raglan corría parejas con su malicia.

trás de un árbol como Martling mostraba a Tarrán la carpeta de piel dentro de la cual guardaba el precioso documento.

Esperó Raglan a que Tarrán se alejara un poco del capitán, y echándose sobre éste, consiguió arrebatarse la clave, poniendo inmediatamente pies en polvorosa. Luego, volviendo al campamento, garrapateó en un papel el texto de un telegrama, que decía:



Tarrán desfiló, a través de árboles y lianas, hasta donde se hallaban sus amigos, a los que prestó auxilio.

"Hiriam Powers-Livingstone-Guatemala.  
Haga que Simón Blade me espere en Puerto Barrios."

Entregó el papel a un indígena, ordenándole:



*...ordenando a los indígenas que le aguardaran.*

—Ve con dos hombres a Mantique y pon este radiograma desde allí. Yo estaré en Puerto Barrios.

Tarzáan volvió a separarse de sus compañeros, para seguirle la pista a Raglan.

El hombre-mono se hallaba en sus glorias. Cada vez que, huyendo de la civilización, se adentraba en su amada selva, parecía que se recuperaba a sí mismo. Encontró un cervatillo

que cojeaba, y atrayéndole hacia él, le quitó una espina de la pata al pobre animal, que le miraba con sus ojos inteligentes, como si le conociera. Sostuvo una tremenda lucha con un león, al que logró vencer con su fuerza poder-



*Encontró un cervatillo que cojeaba.*

rosa, y tal vez se entretuvo con los monos, sus mejores amigos, un poco más de lo que debía, ya que al cabo de dos horas volvió al campamento donde había dejado a sus amigos sin haber podido encontrar a Raglan y darle su merecido. Los expedicionarios decidieron entonces remontar el curso del río en el barco que hacía la travesía, y llegar a Puerto Barrios, donde tenían la esperanza de hallar a Raglan.



A su llegada a Puerto Barrios, un misero poblado indígena, Tarzán dijo a sus amigos:

—Lo mejor que podemos hacer es dividirnos para ir cada uno en busca de nuestro enemigo. Ustedes busquen por un lado y yo por otro.

El Hotel Continental, un misero tugurio con honores de albergue, era el lugar donde acostumbraba hospedarse Raglan. Cuando llegó, después de su dramática huida por la selva, siempre con el temor de tener que habérselas con el hombre-mono, el encargado del hotel le dijo que sus amigos le estaban esperando en su habitación.

—¿Recibiste algún aviso?—preguntó Raglan a uno de sus compinches apenas entró en el cuarto.

Por toda respuesta, aquél le entregó un telegrama, que Raglan se apresuró a abrir. Era de Powers, y decía textualmente:

"Raglan-Continental Hotel-Puerto Barrios.  
Imposibilitado ir Puerto Barrios. Vayan a Quirigua."

Uno de los cómplices de Raglan le dijo que para ir a Quirigua se debía atravesar la selva. Esta noticia puso de mal humor a Raglan, que no concebía la selva sin... Tarzán.

Se acercó al balcón y se asomó un momento, bien ajeno a imaginarse que el hombre-mono se hallaba allí, a dos pasos, y que acababa de verle. Pero es que Tarzán, vestido

como otro hombre cualquiera, era poco menos que irreconocible.

Tarzán fue en busca de Martling para rogarle que no siguiera buscando, pues él había dado ya con la guarida de su enemigo. A la pregunta de Martling sobre lo que deberían hacer, el hombre-mono contestó decidido:

—Pues... atacar a lo Tarzán.

Decidieron que Martling y su criado Jorge entrarían en el hotel preguntando por Raglan y diciendo que deseaban verle.

Entretanto, con su habitual destreza, Tarzán subió a la habitación en cuyo balcón había visto asomado a Raglan; no por la escalera como acostumbraban hacerlo las personas vulgares, sino... por la fachada de madera de la casa.

Miró hacia el interior de la habitación, a través de las persianas. Raglan estaba en aquel momento inspeccionando la clave del idolo. Sus ojos leían una advertencia en la que iba encubierta una amenaza:

"Quien intente abrir esta combinación desconociendo el significado de los símbolos, corre peligro de morir hecho añicos, cuando explote el artefacto."

Había muchas otras maneras de morir hecho añicos sin necesidad de recurrir al explosivo que ocultaba el sarcófago de la Diosa. Por ejemplo... en manos de Tarzán. Y tampoco era necesario encontrarse en plena selva para sentir



la dureza de sus puños. Precisamente en el momento en que Raglan se disponía a poner a buen recaudo la clave, el hombre-mono, surgido no se sabe de dónde, cayó sobre él como un alud. Los amigos de Raglan corrieron a ayudar al atacado y se entabló una lucha feroz. Tarsán recibió un golpe en la cabeza, dado con un objeto contundente, y perdiendo momentáneamente el sentido cayó hacia atrás, desplomándose de espaldas sobre el pavimento de la calle.

Allí lo encontraron Ula y Martling, apresurándose a socorrerlo. No habían podido recuperar el ídolo, pero, en cambio, la clave estaba en los bolsillos de Tarsán. Al examinarla encontraron el cable que pocos momentos antes había recibido Raglan de su amigo y compinche Powers, en el que le decía que fuera a reunirse con él en Quirigua. Aquel cable que revelaba la ruta y planes de su enemigo, podría serles de gran utilidad.



*Estuvo una tremenda lucha con un león.*

Anoche. Los indígenas a quienes Raglan había contratado como cargadores, respiraban ahora un poco, después de aquellas largas horas de viaje a través de la selva con un calor espantoso. Raglan y uno de los bandidos que estuvo con él en el Continental, dirigían la caravana. Raglan no las tenía todas consigo y miraba con desconfianza a todos lados como si temiera a cada momento ver surgir entre las sombras a algo... o alguien.

—¿Por qué tanta prisa, jefe?—le preguntó su compañero.

—Tal vez Tarrán nos siga la pista.

—¡Bah! Ha debido romperse la crisma cuando se cayó por el balcón.

—Tarrán tiene más vidas que un gato. Espera aquí, pues si Tarrán llegara necesitarías toda la gente...

Cogió el sarcófago contentiendo la Diosa, y se alejó un tanto, con ánimo de substraerlo a la eventualidad de un ataque. En verdad, Raglan temía más al hombre-mono que a todas las fieras de la selva.

Raglan había conseguido comunicar su inquietud a sus compañeros.

—¿Si fuera cierta que Tarrán nos sigue la pista!—decía uno escamado.

—¡Bah! Ese Tarrán está más muerto que su bisabuelo—repuso otro de los bandidos, sin creer demasiado lo que decía.

Y en aquel preciso instante, como obedeciendo a un con-

juro mágico... el hombre-mono cayó sobre ellos. Había vuelto a desprenderse de sus vestiduras de hombre civilizado, y volvía a ser Tarrán, el Tarrán de los altos prodigiosos, hábil y escurridizo como un felino, poderoso y fuerte como un león, ágil como un tigre, rápido como un mono.

Pero Tarrán pecaba a veces de impulsivo, y lo mismo que le ocurriera en Puerto Barrios, sucedió también ahora. Un golpe por la espalda propinado por un indígena le puso momentáneamente fuera de combate. Atado ignominiosamente a un árbol, fué condenado a esperar que Raglan volviera para ajustarle las cuentas. Entretanto los dos bandidos y los negros de la caravana se dispusieron a acampar allí y preparar la cena.

Sólo una fiera habría podido quebrar las cuerdas con que había sido atado al árbol el hombre-mono. Pero, ¿es que Tarrán no era, a veces, una fiera? El culto y civilizado lord Greystocke había sido criado en la selva, entre los animales salvajes, hasta que sus semejantes le descubrieran y le restituyeran a la civilización. No fué tarea fácil romper sus ligaduras, pero el amplio pecho de Tarrán, inflándose como un fuelle, consiguió lo que parecía imposible.

Una vez liberado de sus ataduras, hizo uso de otra arma no menos poderosa: la de su astucia. Empezó a imitar tan hábilmente el rugido del león, que los indígenas, creyendo que el rey de la selva merodeaba por allí cerca y se disponía

a hacerles una visita, echaron a correr como alma que lleva el diablo, dejando solos a los dos bandidos. Con ellos luchó de nuevo Tarrán, vencéndolos esta vez, tras ruda pelea, y a las preguntas del hombre-monó sobre el paradero de Ruglan, uno de los bandidos contestó:

—Se fué a esconder a la Diosa y no quiso revelarnos dónde.

—¡Váyanse los dos y no se detengan hasta que lleguen a Puerto-Barrios!

Los bandidos no se hicieron repetir la orden.



*No es tarea fácil romper sus ligaduras...*

Entretanto, en la Ciudad Muerta, los idólatras a quienes les había sido robada su Diosa, salieron en busca de sus enemigos, los hombres blancos, que habían osado cometer aquella profanación. Cubiertos con sus capuchones que les conferían un aspecto siniestro, perrethados con sus armas primitivas y el fanatismo feruz guiando sus pasos y presidiendo sus acciones, no eran, ciertamente, unos enemigos despreciables.

Tarzán seguía la pista a Raglan, por la selva, mientras Martling y su criado Jorge seguían la ruta de las cataratas, y Ula, disfrazada de indígena, buscaba en las riberas del río.

Martling y Jorge fueron los más afortunados, por cuanto consiguieron descubrir, aunque de un modo fugaz, a Raglan remontando el río en una canoa. Habían convenido gritar el nombre de Tarzán en cuanto hallaran algo importante, y así lo hicieron, no tardando en aparecer ante ellos el hombre-mono. El oído de Tarzán, agudizado en sus años de vida en la selva, percibía todos los ruidos a gran distancia.

Al pobre Jorge le ocurrió un accidente desagradable. Y fué éste que, habiéndose sentado en la margen del río para descansar, una tortuga de enormes proporciones le atacó, mordiéndole en la parte trasera. Jorge corrió hacia Martling y Tarzán, pidiendo auxilio, y cuando éstos se disponían a

defenderle y a defenderse contra un centenar de enemigos invisibles, se enteraron, con gran regocijo, de la personalidad del atacante.

La fatalidad gusta, a veces, de jugar nos malas partidas. Martling, tras los minutos de angustia que le había hecho pasar su criado, sacó un pañuelo de su bolsillo para enjuagarse el sudor de la frente. En el mismo bolsillo había guardado el libro de notas con la clave famosa. El libro cayó al suelo, y fué rodando cuesta abajo, hasta caer al río. Tarzán, rápido como un rayo, se echó al agua... y un cocodrilo que dormitaba en la orilla opuesta, se echó también al agua, y no precisamente con ánimo de recuperar aquel precioso documento...

Huyendo del cocodrilo, Tarzán fué arrastrado por la corriente hacia la gran catarata, pero no sin haber recuperado el libro de notas. Gracias a la providencial intervención de Ula, que acudió con una barca, pudo ser salvado Tarzán de aquella nueva y peligrosa aventura.

Los hombres de la Ciudad Muerta no tardaron en llegar a aquel lugar, y mientras Tarzán luchaba con la corriente y Ula acudía a salvarle, capturaron a Jorge y Martling, llevándoselos consigo. Nango, el criado indígena, que había





*Al pobre Jorge le medía una tortuga en la parte trasera.*

presenciado la captura escondido prudentemente detrás de un corpulento árbol, corrió con la noticia a Ula y Tarzán. Una vez más, se veía obligado el hombre-mono a entrar en un nuevo peligro. Tarzán recomendó a Ula que volviera al campamento con sus hombres y esperara allí mientras él iba a la Ciudad Muerta a rescatar a los prisioneros, y Ula

fingió aceptar su consejo, pero apenas Tarzán se hubo alejado unos pasos, le dijo a su criado negro:

—Nosotros también iremos a la Ciudad Muerta. Quizás Tarzán nos necesite..

Ula era de la raza de las mujeres fuertes, a las que nada amedrenta.



*Tarzán recomendó a Ula que volviera al campamento.*

Conducidos al templo ante el Gran Sacerdote, un hombre blanco sirvió de intérprete entre Martling y el indio. Al preguntarle Martling qué hacía allí, entre aquellos hombres que se hacían llamar a sí mismo Los Diablos Negros, el intérprete se encogió de hombros, contestándole:

—Mi nombre no importa. Me dedicaba a la Ciencia, pero hace veinte años abandoné mis trabajos para unirme a esta gente... El Sumo Sacerdote quiere saber a dónde han llevado a la Diosa Verde.

—Un extraño nos la robó.

—Tienen que entregárnosla, de lo contrario morirán.

Aquello era fácil de decir, pero... imposible de hacer. Martling y Jorge empezaron a pensar en la posibilidad de despedirse del mundo de los vivos. ¡Si al menos Tarrán hubiera estado allí para ayudarles a salir de aquel difícil trance! El aspecto del templo, los rostros extraños de los habitantes de la Ciudad Muerta, tenían un aire poco tranquilizador. Si salían de allí con vida, podrían agradecerle a la Providencia.

Tarrán llegó a la Ciudad Muerta, en pos de sus amigos. Pero antes de que pudiera descubrir la crítica situación en que se hallaban fué él también hecho prisionero y encerrado en una mazmorra, en compañía de un león encadenado. Las cadenas no eran, empero, demasiado fuertes. En aquello residía, precisamente, el refinamiento del suplicio al que habían condenado a Tarrán. Sujeto con poderosas cuerdas, frente al león, que atraído por el olor de carne humana pugnaba por romper la cadena que le impedía lanzarse sobre su

presa, Tarrán veíase condenado a morir ineluctablemente...

Pero la intrépida Ula había llegado a su vez a la Ciudad Muerta. Fué hecha también prisionera y llevada a una mazmorra vecina a la que ocupaba Tarrán. Por un ancho agujero practicado en la pared, podría presenciar el suplicio de su pobre amigo, tan fuerte y tan poderoso, pero reducido ahora a la más absoluta impotencia.

No contaban los hombres de la Ciudad Muerta con la poderosa fuerza de Tarrán. Liberado, con un supremo esfuerzo, de las ataduras que sujetaban su cuerpo, sólo le quedaban sujetas las manos, que los indígenas habían atado fuertemente a su espalda. Ula gritó a Tarrán que se acercara a la pared lindante con la mazmorra en donde había sido encerrada ella, y sacando un cuchillo que llevaba oculto entre sus ropas, consiguió cortar las ligaduras de Tarrán en el momento en que el león, habiendo conseguido romper las cadenas que le sujetaban a la pared, se echaba sobre su presa. Lucharon hombre y fiera, consiguiendo Tarrán, con la ayuda del cuchillo de Ula, herir gravemente al león, y como al fragor de la lucha acudieran algunos indígenas, el hombre-mono dió también buena cuenta de ellos, despojándolos de sus vestiduras y del siniestro espuchón que llevaban, y vistiéndose él y Ula con aquel estrafalario atuendo, consiguieron salir de la mazmorra y entrar en el Templo en el preciso instante en que los nativos se disponían a ensañarse con sus infelices prisioneros, sometiendoles a tortura. Había sido inútil que Martling alegara ignorancia y jurara que no tenía el ídolo. El pobre Jorge probó uno de aquellos ina-

trumentos que soltaban la lengua a un mudo, pero como ignoraba, en realidad, el paradero de la Diosa, no podía hacer otra cosa que quejarse lastimeramente.

Pero allí estaba el valeroso y esforzado Tarsán para po-



...fue aporreado en una escuadra, en compañía de un león, encadenado

ner las cosas en su sitio. Él y su valiente compañera Ula, exponiendo sus propias vidas, consiguieron llegar hasta ellos, desatando primeramente las ligaduras de Martling, que tenía las manos atadas a la espalda. Lo demás fue tarea fácil. El revólver de Martling y los puños de Tarsán, amén de algún que otro golpe sabiamente administrado por Ula, hicieron el resto. Jorge fue liberado del tormento, y consiguieron emprender la fuga. Decidida la contienda en favor de los blancos, sólo faltaba ahora rescatar la Diosa Verde de manos de Raglan.

Ula, antes de decidirse a seguir a Tarsán a la Ciudad Muerta, había encargado a uno de sus hombres que siguiera la pista de Raglan, y aquél regresó al campamento con la no-

ticia de que Raglan había conseguido llegar a Mantique y se disponía a emprender viaje a Europa. Tarsán despidióse nuevamente de sus compañeros, con el propósito de ir a Mantique atravesando la selva para ganar tiempo, mientras Martling, Ula y Jorge seguían otro camino. En Mantique se encontrarían y proseguirían el viaje al Viejo Mundo.

Tarsán llegó a Mantique en el preciso momento en que la Diosa había sido embarcada en un buque de cabotaje, que se disponía a zarpar. Subió a bordo, no precisamente por la pasarela, y echándose sobre Raglan y los hombres que le ayudaban en su tarea, consiguió vencerlos en dura lucha y apoderarse del ídolo que tantos dolores de cabeza les estaba costando, y cuando sus amigos llegaron a Mantique, se enteraron de la feliz noticia.

Adquirieron pasaje a bordo de un barco en el que, oculta-mente, había embarcado también Raglan, y cuyo capitán, Blade, era cómplice de este último; pero como los continuos



...el hombre negro dio también buena cuenta de ellos...



fracasos de Raglan le habían puesto en evidencia ante sus cómplices, Blade, que pensaba cobrarse un buen precio por su complicidad y no quería exponerse a un nuevo fracaso, le prohibió a Raglan que apareciera por cubierta mientras durara el viaje.

Blade mostróse muy atento con Ula, diciéndole que le había reservado un camarote especial. Ella se dejó engañar por aquella aparente amabilidad, pero Tarsán, que en la civilización había aprendido a desconfiar más de los hombres que de las fieras, no se dejó convencer tan fácilmente.



*Tarsán dejó a Montique.*



Al tercer día de navegación desencadenó una terrible tempestad. El barco bailaba endemoniadamente, y las olas batían la cubierta.

Ula, que había permanecido valientemente en cubierta, contemplando el majestuoso espectáculo del mar embravecido, accedió, a requerimientos de Tarsán, a retirarse. Al pasar junto a un camarote destinado a la tripulación y que ella creía vacío, vio que se abría la puerta y aparecía Raglan. Fue una visión fugaz, porque el bandido, al ver a Ula, volvió a cerrar inmediatamente la puerta, pero ella le había reconocido, y corrió a comunicar la noticia a Tarsán y a Martling.

Blade oyó la conversación de Ula con sus amigos, y furioso al ver que Raglan había desobedecido sus órdenes, comprometiendo seriamente el éxito de la empresa, peleó con él, matándole, y ordenando a uno de los tripulantes que echase el cadáver al agua. No le recordaba la conciencia su crimen, en primer lugar, porque no la poseía, y en segundo lugar porque tenía la absoluta seguridad de que Raglan habría hecho lo mismo con él si se hubiese presentado la ocasión propicia.

Jorge y Martling fueron amordazados y maniatados por los tripulantes del barco a las órdenes de Blade, y encerrados en su camarote, pero Tarsán, avisado por Ula, pudo

salvar a sus amigos, en el preciso instante en que el barco empezaba a hundirse.



...vio que se abría la puerta y aparecía Raglan...

Había terminado la narración, escuchada atentamente por los huéspedes del honorable lord Graystocke.

Uno de los invitados preguntó a Martling:

—¿Es cierto todo esto que acabamos de oír?

—Sí, absolutamente cierto. Un barco nos recogió, salvándonos milagrosamente... y aquí nos tienen.

—¿Y qué se hizo de la preciosa fórmula? ¿Lograron salvarla?—inquirió una joven dirigiéndose a Tarsán.

—Sí, la tenemos aquí. Abrimos el cofre de la Diosa Verde, antes de ir a bordo, y encontramos un cofre lleno de joyas, y la fórmula por cuya obtención habíamos pasado tantos peligros. Con la clave que poseíamos nos habría sido

fácil descifrarla. Es la fórmula de un explosivo más potente que todos los conocidos hasta hoy. Con ella, un pueblo guerrero podría destruirnos a todos.

—¿Y no temen que alguien la robe?

—Lo tememos, y por eso hemos decidido que la señorita Ula Dale disponga de ella como le parezca.

Y entonces ocurrió una cosa extraordinaria. La vieja Mag transformóse como por arte de magia en... la bella y atractiva señorita Ula Dale. Habíase disfrazado para dar una sorpresa a los huéspedes de Tarzán. Sonrió a los invitados y dijo:

—El cristal mágico dice que la fórmula es demasiado peligrosa para estar en manos de los hombres y con permiso del mayar Marling voy a destruirla.

Y la quemó. Era el mejor procedimiento para destruir aquella fórmula mortífera, antes de que con ella pudiera destruirse el mundo. Tarzán acercóse a la ahogada compañera de aquellos días de peligro vividos en la selva, y le dijo en voz baja:

—¿Se considera bien recompensada con la destrucción de la fórmula?

—Más que recompensada, Tarzán. Mi recompensa es haber trabado conocimiento con usted...

—El recompensado soy yo, Ula, al conocerla—repuso galantemente lord Greystocke.

—¡Pues ambos le debemos mucho a la fórmula!—repuso Ula dulcemente.

Se miraron sonriendo... y sus ojos dijeron lo que sus labios no se atrevían a pronunciar ante tanta gente...



—El recompensado soy yo, Ula, al conocerla.

FIN

## AVENTURAS DE TARZAN

En rústica, ptas. 4.-; en cartón, ptas. 5.—La fecunda imaginación del más popular de los novelistas contemporáneos se ha mostrado en toda su brillantez en la serie de novelas de aventuras que tienen por protagonista la simpática figura de **TARZAN DE LOS MONOS**. De Edgar Rice Burroughs puede decirse que en cada nueva novela se supera a sí mismo en cuanto a imaginación y audacia, sin caer en la inverosimilitud. Sus interesantes narraciones han sido traducidas a 18 lenguas, entre ellas el árabe y el urdu (diálogo indio). Van publicándose las siguientes volúmenes:

- I. Tarzán de los monos II. El regreso de Tarzán III. Las fieras de Tarzán IV. El hijo de Tarzán  
V. El tesoro de Tarzán VI. Tarzán en la selva VII. Tarzán el indómito VIII. Tarzán el terrible  
IX. Tarzán y el león de oro X. Tarzán entre pigmeos XI. Tarzán el gran jeque

De venta en todas las librerías y en la Editorial GUSTAVO GILI S. A. E. Granados, 45.—Barcelona.

por EDGAR RICE BURROUGHS. —Novelas traducidas del inglés por E. Martore Amador.

Volúmenes de unas 300 págs. de 20 X 11 cms.





Cubierta, Imp. M. PELLICER

Montaner, 111-Teléfono 76122

Serie  
"PELICULA GRAFICA"